

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Vol. XLIX

San José, Costa Rica

1955

Julio y Agosto

Nº 5

Año 34. — Nº 1168

En "el nido de cisnes"

Notas de viaje

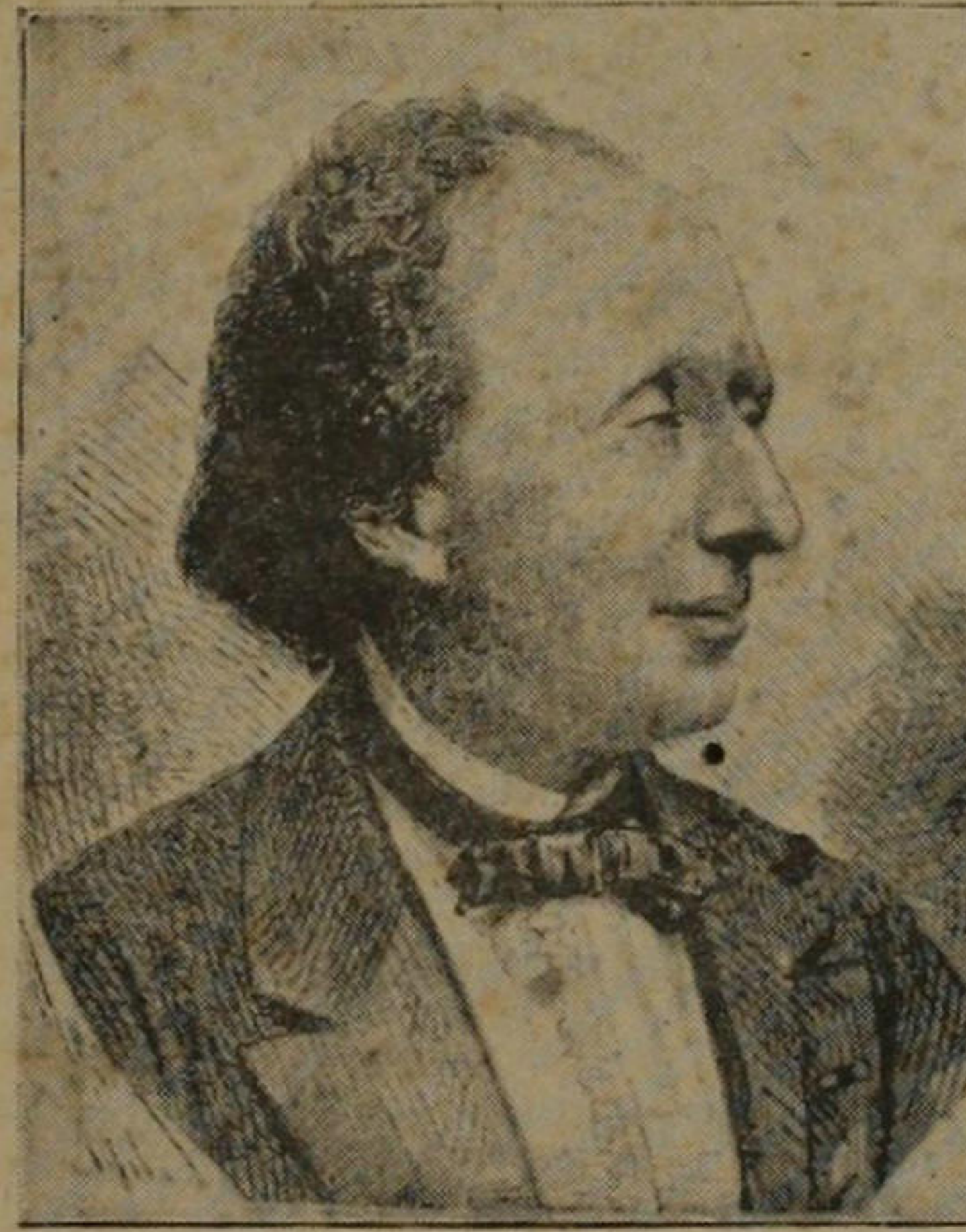
Colaboración de HAYA DE LA TORRE

Cuando durante la niñez tuve la guía paterna en los primeros pasos por el camino difícil hacia los libros, solía oír a menudo este consejo: "Hay que leer como quien se alimenta, comenzando por lo que mejor nutre y no por las golosinas". Pero también se me advertía que el estímulo de la imaginación bien conducida es fundamental abono para el cultivo de la inteligencia, y que además del aprendizaje de las matemáticas —puestas en términos amables y referidas siempre a principios de la bella geometría— era debido leer cuentos maravillosos, amén de relatos de aventurados viajes, y aprender idiomas.

Y cuando la perspicaz vigilancia que así me encaminaba creyó descubrirme un poco reacio para el estudio del inglés, pues recurrí, con muy buen acuerdo, al señuelo de traducir oralmente los "Fairy Tales" de Hans Christian Andersen; queriendo así demostrar que muchas cosas hermosas y de atracción para los niños, quedan sin ser trasladadas al castellano, o son mal vertidas.

Y de tal manera, encandilado por los resplandores de la fantasía, conocí desde pequeño la literatura de aquel egregio creador danés. Acaso por él, y ya en la adolescencia por una novela del ne-ruego Boyer, me hayan atraído siempre los lejanos países escandinavos. Sin que olvide — ya influyentes más tarde — aquellas otras alucinaciones nórdicas de Cervantes en "Los Trabajos de Persiles y Sigismunda", su libro postrero; del cual adelantadamente escribió en uno de los prólogos del Quijote que "ha de ser o el más malo o el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto".

Andersen marca un paso adelante sobre aquellas primerizas leyendas infantiles con que nos embobamos de ilusión: "Blanca Nieves", "La Cenicienta", "La Bella Durmiente en el Bosque"; a las álares historietas de Perrault, como "Pulgarcito" y "El Gato con Botas". Lo quimérico de Andersen no sólo navega



Hans Cristian Andersen

en los brillantes ensueños, sino que tienta y conmueve al sentimiento. Parejamente, depara atisbos de lo que puede llamarse una prístina filosofía de la vida. ¿Quién que los haya leído podrá olvidar aquellos cuentos que en castellano se designan como "La Reina de las Nieves", "El Patito Feo", "La Niña de los Fósforos", "Los Once Cisnes", o "La Pequeña Sirena" perpetuada en el bello bronce que salpican de espuma las olas del puerto de Copenhague?

Las elementales reflexiones que un niño puede hacerse de la muerte, como eventual compensación de los infortunios de la vida, aparecen en "La Historia de una Madre" que ha hecho saltar más de una lágrima infantil. Y "El Abejo", o "El Último Sueño de una Vieja Encina", comienzan a decir mucho acerca de lo fútil de las ambiciones humanas. En los cuentos de Andersen hablan el viento, los lagos, las flores y las arvejas. Pero en cada relato, —tal lo ha dicho bellamente uno de sus mejores críticos compatriotas— Andersen "ha vertido una gota de sangre de su propio corazón".

Egregio paisajista, describe inimitablemente a su país de largos inviernos en "El Hombre de las Nieves". Y esta vez, que en especial peregrinaje a Odense, la ciudad natal del autor, he mirado desde el tren el lujoso escenario estivo de las apenas onduladas planicies danesas, hube de recordar —y de releer— aquel cuadro luminoso con el cual adorna el conocido cuento de "El Patito Feo":

"El campo estaba hecho una delicia. Era verano. Las espigas del trigo ostentaban su color dorado contrastando con el verde de la avena. Los rimeros de heno recién segados se alzaban sobre la llanura de los prados. Y por ellos paseaban las cigüeñas con sus largas patas rojas, mientras barbullaban egipcio, lenguaje que habían aprendido de sus madres. Entre sembríos y prados se divisaban grandes bosques, con cuya espesura alternaban anchos y profundos lagos. ¡Verdaderamente, el campo estaba hecho una delicia!".

En Odense nació y vivió hasta la mocedad Hans Christian Andersen. Y aquí está su casa convertida en museo. En ella se han allegado incontables recuerdos personales de este ilustre célibe, cuya memoria se remoja siempre en la fantasía de todos los niños que han aprendido a leer en el mundo. El museo contiene gran parte de la nutrida biblioteca de Andersen, y en ésta hay una sección en la cual se comprueba que sus cuentos han sido traducidos a todas las lenguas y a todos los dialectos conocidos. Por ello el crítico literario Erik Dial ha titulado su reseña bibliográfica de la ingente obra de este autor universal con un epígrafe sin hipérbole: "Hans Christian Andersen en ochenta idiomas".

Hombres, mujeres, adultos y menotes, turistas, foráneos, y visitantes de toda la región nórdica —que traen desde lejos a sus escuelas— en grupos discurren por la casa y adquieren lo que pueden pagar: Libros, retratos, láminas, tarjetas postales u otros objetos de recuerdo. En cada visitante, de seguro, como en mí, refluyen felices reminiscencias de una infancia más o menos lejana. Gene-